

ORACION FÚNEBRE QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL
DE LA CIUDAD DE VALLADOLID,

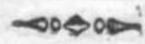
EN LOS DIAS 3 Y 4 DE OCTUBRE

POR EL MARISCAL DE CAMPO

DON FELIPE ARCO-AGUERO,

DIJO

*El Señor Don Francisco Javier Acebo, Cura
ecónomo de la Iglesia parroquial de San Esteban
de la misma ciudad,*



VALLADOLID: IMPRENTA DE APARICIO,

1821.

ORACION FUNEBRE
QUE EN LAS SOLEMNES EXECUCIONES
CELEBRADAS
EN LA SANTA IGLESIA CATHEDRAL
DE LA CIUDAD DE VALLADOLID,
EN LOS DIAS 3 Y 4 DE OCTUBRE
POR EL MARSCAL DE CAMPO
DON FELIPE ARCO-AGUIERO,

Dijo

El Señor Don Francisco Javier Arco, Cura
económico de la Iglesia parroquial de San Felices
de la misma ciudad.

El Comandante general, segundo batallón de infantería de Granada, regimiento de Valençay, el cuerpo de Ingenieros, el de caballería del Infante, milicia Provincial y voluntaria Nacional Local, Estado mayor de la plaza, Oficinas de ejército é individuos de la Tertulia patriótica, celebraron las exequias por el malogrado general Don Felipe Arco-Aguero con una ostentacion casi digna de tan ilustre héroe.

Invitado el ilustrísimo Cabildo eclesiástico se prestó generosamente para la funcion, y señalados los dias 3 de Octubre en la tarde para la vigilia y 4 en la mañana para la misa, se verificó, pronunciando la Oracion fúnebre el Sr. D. Francisco Javier Acebo, Cura ecónomo de la Iglesia Parroquial de San Esteban de esta ciudad.

La Catedral estaba adornada del modo mas suntuoso. Ocupaba el crucero un magnífico y elevado túmulo de cuatro cuerpos, con varios trofeos militares.

En el primero de aquellos habia cuatro octavas que contenian lo que al fin se expresa. En el segundo se hallaba la tumba figurada, y al final la madre Patria sobre una pirámide triangular, dejando caer por derecha é izquierda unas cintas y flores que servian de ornato al sitio donde se fingia reposaba el respetado cadáver del héroe.

El concurso fué colocado en los asientos que estaban dispuestos, y á sido de los no vistos en esta ciudad, y la Iglesia tan ocupada que apenas bastaba para los concurrentes.

La guarnicion, Ayuntamiento, Audiencia territorial, Universidad, Cabildo parroquial, Prelados regulares, Oficinas y demas corporaciones y particulares, asistieron á los actos que se celebraron con tanta solemnidad, y al paso que en lo general se sentia la pérdida de tan digno héroe, se dulcificaba el corazon con el noble recuerdo de sus ilustres hechos.

Si la gratitud de sus compañeros de armas era el móvil para conservar eternamente la memoria del digno Arco-Agüero, no á sido menor la que el Cabildo eclesiástico y pueblo de Valladolid manifestó en sus exequias, pues han contribuido á darlas la ostentacion mas brillante.

Asi respetan los buenos patriotas las dignas cenizas de los seres privilegiados, estimulando á los demas á seguir las huellas de los idólatras de la patria.

1.^a

Llore la Iberia en eternal acento;

Murió Arco-Agüero el adalid fogoso;

Perdió la patria parte de su aliento,

De su placer, su dicha y su reposo.

Dentro en la tumba rompa el movimiento

Del tambor triste en duelo tenebroso;

Y la virtud en fléviles clamores

Orne su sien de lauros y de flores.

2.^a

Aquel que ha dado vida al pueblo hispano
 Solo con el amago de su espada,
 Para sí no sirvió, pues el tirano
 Hado inflexible le arrojó en la nada.
 Pero tiemble el infiel; que si su mano
 Yace por siempre en la mansion helada,
 Es su renombre de la patria escudo
 Mientras descansa en el silencio mudo.

3.^a

¡Oh túmulo voraz! ¡Quién ha tocado
 Tu márgen yerta sin horror lloroso!
 La suerte impia con rigor osado
 De tinieblas un círculo espantoso
 Lanzó en torno de ti; do aletargado
 Duerme el bizarro Astur... Sí; de reposo
 Goza, mas no perece, ciudadanos,
 Quien libertó á su patria de tiranos.

4.^a

Del atra muerte la segur insana
 Rompió implacable con furor horrible
 La existencia del héroe, cuya mano
 Cortó briosa lauro inmarcesible.
 Con él ornó la frente del hispano,
 Y siempre, y siempre audaz, siempre invencible
 Grita sin fin: ¡Oh cara patria mia!
 Soy tu broquel hasta en la tumba fria.

Adiel que ha dado vida al pueblo hispano
 Solo con el arriego de su espada,
 Para si no sirvió, pues el tirano
 Hado inflexible le arrojó en la nada.
 Pero tiemble el infiel; que si su mano
 Yace por siempre en la mansión helada,
 Es su renombre de la patria escudo,
 Mientras descanse en el silencio mudo.

¡Oh tumulto voraz! ¡Quién ha tocado
 Tu margen verra sin horror horror!
 La suerte impía con rigor caado
 De tinieblas un círculo espantoso
 Lanzó en torno de ti; do alarzado
 Duermes el bizarro Astur... sí; de reposo
 Goza, mas no perese, ciudadanos,
 Quien libere a su patria de tiranos.

Del atrá muerte la seguí insana
 Rompí implacable con furor horrible
 La existencia del héroe, cuya mano
 Cortó priosa tanto inmarcesible.
 Con él oró la frente del hispano;
 Y siempre, y siempre audaz, siempre invencible
 Gita sin fin; ¡Oh cara patria mía!
 Soy tu proquel hasta en la última día.

les para que emulados traten de imitarlos, y dize
 doles la vida de un glorioso es morir en de-

Fortis viribus à juventute sua. 1 Macab. cap. 2.º

Fué valiente en toda su juventud.

lo futuro un grande y experimentado general. V
 gretario que se forma en los combates para ser en
 en fin, todas las prendas que caracterizan un jóven
 perturbable para no dejarse acobardar en los reveses,
 exponerse à los mayores riesgos, una constancia in-
 cion superior à su edad, una impetidez heróica para
 valor à toda prueba, un talento para dirigir una ac-
 nisterio peleando à mi lado y bajo mi direccion en
 nio. Todas las cosas que en su topografía juvenil in-
 digno de temple para ser un gran soldado.

Esté es el elogio con que un padre moribundo, y
 el más celoso defensor de la libertad de su patria
 contra los tiranos que trataban de esclavizarla, re-
 comendó á un hijo que siendo heredero no menos de
 su celo que de su valor, nombraba para ser despues
 de su muerte el caudillo en quien confiase la nacion,
 y la defendiese contra los ejércitos enemigos que la
 tenían invadida. No el amor paternal, no el ambi-
 cioso deseo de dejar á sus hijos como una herencia la
 autoridad que entonces se hallaba tan rodeada de pe-
 ligros, gobernaban los labios de aquel anciano padre;
 sino el amor á su patria, el noble deseo de que no
 se malograsen los esfuerzos que su mano trémula ha-
 bia hecho para darla aquella libertad de la cual ya
 empezaba á gozar. Yo muero, dice á los que rodea-
 ban su lecho de tristeza y lloraban su pérdida des-
 consolados: yo muero, pero mi muerte no debe des-
 animaros para llevar adelante la grande empresa de
 la libertad de la nacion que gloriosamente empecé,
 y que os dejó bien cimentada. Sigue haciéndoles un
 largo y enérgico discurso para alentarlos á la empre-
 sa principiada: les acuerda las glorias de sus mayo-

res para que emulándolas traten de imitarlas, y dándoles la alta idea de cuán glorioso es morir en defensa de la patria y de sus leyes antiguas, concluye con señalar el caudillo que deben elegir como el más digno de reemplazarle. Ahí tenéis, prosigue, á mi hijo Judas Macabeo que en su robusta juventud manifestó peleando á mi lado y bajo mi direccion un valor á toda prueba, un talento para dirigir una accion superior á su edad, una intrepidez heroica para esponerse á los mayores riesgos, una constancia imperturbable para no dejarse acobardar en los reveses, en fin, todas las prendas que caracterizan un jóven guerrero que se forma en los combates para ser en lo futuro un grande y experimentado general. Vosotros le habéis visto pelear, y que á su valor he debido mis triunfos. Yo sé que él os conducirá siempre á la victoria: á el pues...
 ¡Ay señores! que me vea en la dura precision de no poder concluir las palabras de aquel venerable anciano que trataba de aplicar al héroe español, cuya pérdida acaba de llenar de luto á toda la Nacion, y que hemos venido á llorar en este santo templo! ¿Es posible que haya de ser un jóven de treinta y cinco años el que cause nuestras lágrimas, y sobre quien han de recaer las ya mustias flores de sus elogios que resonaban en toda nuestra Península y aun en las naciones nuestras émulas, y que á nombre de todos los buenos españoles que conocian su mérito tengo el encargo doloroso de sembrar sobre su funesta tumba? ¿Por qué, ó muerte cruel, no le dejaste concluir una carrera tan brillante que tenia tan adelantada, y que desplegase sus grandes talentos para mandar nuestros ejércitos, así como le respetaste cuando te manifestaba tan poco miedo peleando en medio de ellos? ¡Oh! fuera entonces su elogio igual al de los Turenas y Condés, no faltando, como no faltaria, quien tam-

bien entonces igualase á aquellos grandes oradores que celebraron y perpetuaron sus hazañas.* Pero ¡ay fatalidad! murió sin igualarles el héroe que lloramos, porque murió en lo más robusto de su edad, en la juventud, cuando, ó bien sea por falta de ocasiones, ó bien porque un gobierno á veces demasiado prudente y circunspecto se recela confiar á un jóven el mando que merece, no pudo desplegar sus grandes talentos para mandar como gefe. Y esta fatalidad que debe aumentar nuestro dolor por haberle perdido en una edad tan prematura, no me deja á mí que pueda acabar todas las palabras de aquel anciano padre con que recomendaba el grande mérito de su hijo, y que yo haciendo sus veces trataba de aplicar al hijo benemérito de la madre España Don Felipe Arco-Aguero. Ya lo he nombrado: su nombre se deslizó de entre mis labios; deseaba pronunciarle; y su nombre no disminuirá, no disminuirá en nada el alto concepto que procuraba inspiraros de su heroísmo militar. Expresémoslo pues mas, y sin rebozo, con el decoro debido, y sea su nombre el que haga correr mas nuestras lágrimas. El Señor Don Felipe Arco-Aguero, Mariscal de Campo de los ejercicios nacionales, Comandante general de la provincia de Extremadura, es el objeto de nuestro llanto por una muerte anticipada en la edad de su mas robusta juventud; y así que vengo yo á tributar á nombre de los ilustres cuerpos que lloran su temprana muerte los elogios fúnebres que le son tan debidos. Lo repito, Señores, con dolor. Si hubiera vivido mas, si los acaécimientos que por desgracia no dejan

*. Alude á los grandes elogios fúnebres que los incomparables Flechier y Bossuet dieron á aquellos héroes, y cuyas huellas deseára seguir el que ofrece los presentes á la memoria del Señor Don Felipe Arco-Aguero.

de renovarse y que destierran la paz de las naciones, le hubieran puesto el baston en la mano, se hubiera hecho sin duda acreedor á que se le aplicase no ya el elogio preventivo que el anciano Matatias dió á su hijo jóven, sino el que le dió toda la nacion cuando lloraba su muerte despues de haber ganado tantas batallas, y haber cumplido tan gloriosamente la profecia de su padre. Pero si los hechos no nos dan márgen sino para ponderar dignamente una juventud gloriosa. ¿No es tambien cierto que nos profetizaban un varon consumado en el arte de la guerra, que hubiera dado el mayor honor á los ejércitos españoles? Bastante les ha dado: bastante se dejó ver en ellos como uno de aquellos héroes á quienes hacen justicia sus mismos rivales; y bastantes son sus glorias adquiridas para darle por ellas este nombre.

- Sí, señores: un jóven héroe que en la edad de su juventud llenó de gloria á la nacion, defendiendo valerosamente la causa de su libertad; y un jóven que daba las mayores esperanzas de ser algun dia un esperto general que llenase de honor á los ejércitos españoles, es lo que voy á manifestaros en este discurso consagrado á su memoria, para dar á conocer en lo posible su mérito adquirido, y aumentar vuestro dolor por haberle perdido.

- Las glorias militares no son ajenas de este puesto. El mismo Espiritusanto se dignó elogiarlas. Sean ellas obtenidas por un varon recto y cristiano: sean acompañadas de la justicia, y no solamente podrán merecer los elogios en el templo de Dios vivo, sino que pueden ser preconizadas como virtudes. Sin embargo, yo protesto no salir en nada de lo que en semejantes asuntos nos ordena nuestra madre la Iglesia católica, apostólica, romana, y á su decision lo sujeto todo. Empecemos.

No se piense que habiéndome oído lamentar de que la muerte haya arrebatado tan jóven á nuestro héroe el Señor Arco-Agüero, y de no poder por lo mismo aplicarle los completos elogios que mereció el grande caudillo de Israel; quisiese yo decir que no pueda serlo el suyo, ó que sea necesario aminorarle por haber muerto jóven. Me dolía, me duelo todavía, y ¡quién no se dolerá conmigo! de que habiendo cortado la implacable parca los laureles que ya ceñía en su hermosa frente, no nos dejase ver cumplidas en él las grandes esperanzas en que justamente estábamos siendo nuestros garantes para tenerlas bien fundadas las brillantes acciones de su malograda juventud. Bien lejos de que esta empañe las alabanzas cuando las tiene merecidas, es como un lienzo terso y sin arrugas que hace resaltar mas los coloridos. El Espíritu Santo la alaba; y no tiene duda que cuando se ha hecho digna de ser alabada se hace tanto mas amable, causa tanta mayor admiracion, quanto menos se espera de esta edad oír acciones laudables.

Jóvenes militares que me escucháis. Vosotros lo oireis con gusto; y yo tengo la mayor complacencia en proponeros como un egemplar que debéis seguir en la honrosa carrera que habéis emprendido al jóven Arco-Agüero. La juventud se dice en el mundo, es la edad de las pasiones; y parece que con esta sola máxima, mal enteridida y peor aplicada, solo se trata de disculpar los éstravíos en que por desgracia suele incurrir: Pero ¿y por qué no la podremos hacer servir para animar á los jóvenes á seguir las sendas de la virtud? Hay pasiones buenas, nobles, elevadas, que lejos de contrariarla la sirven para hacerla mas sublime: pasiones que arrebatando el corazón á un objeto de suyo bueno, no le dejan cabida para que entre en él un objeto vicioso. Y hay

pasiones malas, ruines, indecentes que corrompiendo el corazon le sumergen en el inmundo cieno de los vicios. Dadme un jóven dominado de una de las primeras y nobles pasiones, y no temeré oponerle como un buen egeemplo á los que miserablemente se dejan dominar de las segundas indecorosas. Encantado aquel de la belleza que le presenta la imágen de la virtud que trata de adquirir, no piensa en otra cosa, no se dedica á otro objeto, nada distrae su imaginacion del que la tiene toda ocupada. En vano se tratará de distraerle: le vereis desdeñarse de todo lo que puede estorbarle de obtener su objeto amado; y si le proponeis alguna accion indecorosa que pueda mancillar sus nobles sentimientos, la despreciará, la arrojará de sí, la mirará con horror. ¡Ah! que no, no es posible que un jóven asi animado de una de estas pasiones sublimes, sea víctima de las viciosas. ¿Qué digo? él practicará con ardor las virtudes necesarias para lograr la que ama, y su conducta no se verá manchada con las horduras del vicio.

Conocereis que trato de proponeros bajo este hermoso punto de vista al jóven Arcó-Agüero: y si, como espero, logro daros de él esta idea, vosótrois mismos conocereis tambien que sus glorias militares suponen un jóven arreglado en su conducta, libre de los vicios que deshonran á los de su edad, y aun virtuoso de un modo cristiano, y quanto este nombre puede aplicarse al comun de los que procuran guardar los divinos preceptos. En esta parte sería en mi un delito estenderlo mas, y esto vasta para que sus elogios suenen bien en el templo del Señor.

¿Será ya necesario que me esplique mas sobre la pasion noble y dominante que ocupó el corazon del Señor Agüero, que le hizo ser un héroe en su juventud, y que le hubiera elevado al último grado de heroismo en la ilustre profesion de las armas? Ya lo

he dicho: la gloria militar, el amor á esta profesion, el ardiente y constante deseo de hacerse un buen soldado y ofrecer á la patria todos los servicios que estuviesen á su alcance, fué la elevada pasion que animó todas sus acciones, de las cuales nos dejó tantos brillantes egemplos nuestro jóven héroe. Nació con ella: se apoderó de su corazon desde su tierna infancia; cautivó todos sus pensamientos; fué su nodriza, su aya, su maestra, de la cual vivió siempre enamorado, y que no le permitía tener otros amores que pudieran degradar el carácter que habia gravado en su alma.

El seminario, que entonces se llamaba de nobles, y que es preciso confesar que produjo hombres grandes á la nacion, se gloriará siempre y tendrá escrito en las memorias de los que mas honor le dieron, el nombre del niño Arco-Agüero que recibió en él su primera educacion. Niño digo, por que su edad cuando entró en él aun no habia salido de la niñez. Niño, á quien veian siempre sus compañeros animado de un espiritu marcial, y cuyos entretenimientos indicaban su pasion decidida á la profesion de las armas. Allí fué donde empezó á desarrollarse este hermoso pimpollo y á mostrar en sus tallos vigorosos, aunque tiernos, la robustez del arbol que con el tiempo llegaría á hacerse. Tendiendo siempre á buscar el elemento que debia nutrirle, no podia sufrir demoras el corazon de nuestro niño por verse adornado con el vestido de honor con que empezase á ofrecer sus obsequios á la hermosura de la milicia. A los doce años se le cumplen sus deseos; y el regimiento distinguido, llamado entonces de Reales Guardias Españolas, vió con gusto á este niño, pues aun asi debe llamarse, llevando su uniforme de cadete: y con admiracion emplearse sobre sus fuerzas en todas las fatigas que cansan al mas robusto. Eran estas ya

sus delicias y cumplir por obligación lo que había ensayado por entretenimiento.

Sentirá sin duda este cuerpo, que aun subsiste, aunque bajo otra denominacion, el que el jóven Agüero no hubiese permanecido en él para contarle ahora entre sus ilustres individuos. Pero siempre podrá gloriarse de haberle dado las primeras lecciones: y la patria queria que su alumno la llenase de gloria en otro destino. A los diez y ocho años.... embelosa, señores, ciertamente ir notando los hermosos pasos de este jovencito que camina con tanta velocidad á la cumbre del honor militar. A los diez y ocho años, repito, pasa á la escuela de ingenieros establecida en Alcalá de Henares; y allí es donde descubre el prodigioso talento para las ciencias militares, de que muy pronto empezó á dar las pruebas mas brillantes. Allí únicamente entregado, embebido en el estudio sublime y penoso de las matemáticas, adquirió aquellos grandes conocimientos que muy luego le dieron la justa reputacion de ser uno de los mejores ingenieros que tenía el ejército español. Allí los ratos que le dejaban de vagar los estudios espinosos de aquellas ciencias tan indispensables á un militar, los empleaba en leer, en meditar la historia de los grandes hombres antiguos y modernos, para imitar sus egemplos; las revoluciones de los imperios y las causas que produjeron ó su exaltacion, ó su ruina, para hacerse asi no menos un buen soldado que un buen político. Allí... conozco que me detengo en ponderaros la buena semilla que sembraba en su alma, y que deseais ya conocerla por los preciosos y bien sazonados frutos que produjo. No es necesario esperar años para verlos. El jóven Agüero se apresuró á darlos. Vedlo pasar rápidamente de los libros á coger la espada que no dejará de la mano hasta ver libre á su pa-

tria. La primera época de sus hazañas (veréis que no pondero en llamarlas así) es la misma que hace las glorias de la nación toda.

España, tu lloras todavía los estragos que te ha causado la pérdida invasión que sufriste en el año 1808. Pero consuélate: ella hizo también que tus hijos manifestasen todo el heroísmo de que son capaces y te diese una nueva gloria que acaso supera á las antiguas. El grito de la independencia suena en todos los ángulos de la península; y apenas hiere el tímpano del oído del jovencito Agüero, cuando vuela ligero á donde le llama. Nada le detiene, no duda, no titubea, no teme por ver dentro de la nación un enemigo poderoso, aguerrido, soberbio por sus pasadas victorias, acostumbrado á derribar tronos, y á hacer temblar á los mas bien afianzados. Esto es lo que yo quiero, dice en su corazón magnánimo, pelear con fuerzas superiores, arrostrar los mayores peligros, y abatir el orgullo de los que piensan que los españoles somos como las naciones ya vencidas. Dice: y vedle ya en el campo del honor. Empiezan los grandes acontecimientos en que tuvo tanta parte, y los laureles empiezan á ceñir su elevada frente.

Aquí quisiera yo, señores, tener toda la destreza necesaria para pintaros sin confusión, y valiente pincel, sus hechos militares, cuya sola relación llenaría un largo discurso. Quisiera que vierais á un solo golpe de vista toda la virtud militar de nuestro jóven héroe en tantas batallas como se halló, en tantos sitios de plazas fuertes á que asistió, en tantos ataques dados por él mismo, en tantas honrosas retiradas, en tantos pasos peligrosos de caudalosos rios y de montañas escarpadas, en tantas acciones ya prósperas ya adversas, y que lo notaseis siempre el primero en los peligros, siempre sosteniendo los puntos mas difíciles, siempre mostrando aquel ánimo in-

trépido y guerrero que forma su caracter. Yo no sé ciertamente de qué colores valermé para hacer esta hermosa pintura. ¿Quereis que sea su primer ensayo verle triunfante despues de haber cooperado valerosamente á que se ganase una victoria que fue el anuncio de nuestra libertad? Miradlo en Bailén, donde por su valor obtuvo el grado de capitán, y la primera decoracion que adornó su generoso pecho. ¿Quereis ver cómo no le acobardan los reveses? Seguidle á Tudela de Navarra. Vedle, si os lo deja percibir el humo espeso que cubre los dos ejércitos, y buscadle siempre donde veáis que es mas vivo el fuego: vedle retirarse con ánimo sereno, y con semblante fiero decir al enemigo: no triunfarás porque ahora nos veamos precisados á la retirada. ¿Quereis verle todo salpicado de la sangre de los enemigos? Pasad á la horrorosa y sangrienta batalla de Medinilla: vedle en medio de aquella espantosa carniceria batirse como un tigre ensangrentado cubierto todo de sangre enemiga; y adquirir en premio de su heroismo el grado de teniente coronel. ¿Quereis verlo mandar una accion en que salga glorioso? Id á Santa Coloma, y al frente de una division volante le veris intrépido registrar el campo del enemigo sobre Maya, despreciando sus balas y llenándole de terror. ¿Quereis que experimente para examinar su constancia la desgracia de caer prisionero, y que tenga la gloria de escapar de las manos enemigas? En Valencia le sucedió este azar; y este azar le infundió mas alientos para batirse de nuevo con los que querian atar las suyas por no volver á experimentar su fuerza. ¿Quereis verle asaltar una plaza, y ser el primero que se acerque á la brecha? Lérida y Sevilla os lo enseñarán arrimado á sus murallas, y entrar triunfante despues de haber arrojado al enemigo. ¿Quereis que acometa á un puesto fuerte arrojando de él

á las tropas enemigas que lo ocupaban?... La Abis-
 bab... Oh! informaros y nada tendré que deciros yo:
 ¿Quereis verle ya derramar su propia sangre en tes-
 timonio de su valor y de su deseo en sacrificar su
 vida en defensa de la nacion? Volved á Valencia
 donde cayó prisionero y la vereis correr por la pri-
 mera vez; ó mas bien seguidle ya dentro de los lí-
 mites del país enemigo donde entró victorioso, y le
 llorareis viéndole gravemente herido en la terrible
 batalla de Tolosa de Francia. ¡Ah! la muerte lo res-
 petó entonces, y no le respetó, nos lo arrebató cuan-
 do... cuando menos lo podíamos esperar. ¿Quereis...?
 Mas ¿dónde voy? ¿cómo detallar todos los hechos
 que hacen notorios su valor y su pericia militar? Di-
 gámoslo de una vez: apenas hubo accion, no se dió
 una batalla, no se ganó una plaza fuerte en la últi-
 ma guerra, donde el jóven Arco-Agüero no se cu-
 briese de laureles.

Decidme pues, señores, ¿puede un jóven guerre-
 ro haberse distinguido mas, haberse expuesto mas,
 haber mayores servicios á la patria que los que hizo
 Arco-Agüero en la flor de su juventud? ¿Nos enga-
 ñariamos en el concepto que teniamos formado de
 que hubiera sido un grande general si hubiera llega-
 do el caso de mandar en gefe los ejércitos? Por cierto
 que lo sucintamente expuesto hasta aquí basta para
 convencer de la verdad de esta conjetura al mas mi-
 rado en conceder este título. A lo menos no podrá
 menos de confesarle por un jóven héroe, en quien la
 nacion española puede y debe gloriarse. Veamos si
 podemos corroborar esta conjetura tan bien fundada
 de un modo que no admita réplica.

Entró, señores, en las últimas acciones de su corta vida, por las cuales el Señor Arco-Aguero, que hasta entonces habia sido, digámoslo así, un héroe privado, pasó á serlo público. ¿Tendré por ventura que cubrir con el velo del silencio, ó valerme de algún artificio oratorio para disimular alguna mancha que desluzca el bello cuadro que hasta aqui nos ha ofrecido su brillante conducta militar? No por cierto. Yo nada tengo que cubrir: nada tengo que disimular: es tiempo de hablar con franqueza, y francamente lo voy á decir. Nuestro héroe fue uno de los gefes que en la Isla de León alzó el pendon antiguo de la libertad española, que siglos enteros tenian arrinconado y lleno de polvo. Oigo los gritos que entonces se levantaron por los que tenian el mayor interés en que siguiese el despotismo contra aquellos que no hacian mas que prestar su auxilio á la mayor y mejor parte de la nacion que oprimida, solo podia desahogarse con lamentos. Delito de lesa Magestad: rebellion contra la autoridad soberana: así clamaban los interesados en que siguiese el gobierno despótico. ¿Pero tenian por ventura razon? ¿No es cierto que España toda, que los hombres mas ilustrados y amantes de la patria, que el pueblo mismo se quejaba, se lamentaba de la opresion en que vivia? ¿No es cierto que todos, todos conocian, decian que era necesaria una reforma en los miembros y en la cabeza, y que clamaban por ella? Estos hechos son demasiado recientes para poderse negar. La nacion tenia bien presente que si estuvo á pique de perderse no fue por otra causa sino por el mal gobierno y despótico mando de un favorito que la tenia vendida.

Seamos imparciales y consigüentes en nuestros modos de raeiocinar y juzgar los hechos. Cuando en Aranjuez y en la Corte levantó la voz el pueblo para derribar el coloso que le tenia oprimido, obligar á

Carlos IV. á que le separase de sí, á que le entregase
 en manos de la justicia, ¿se le dió el nombre de delito
 de lesa Magestad, de rebelion contra el Soberano? No
 por cierto. La nacion toda aplaudió aquel hecho: lo
 tuvo por legitimo: y ciertamente que en él tuvo prin-
 cipio, por él se logró que España fuese libre. Fernan-
 do: el deseado Fernando fue entronizado, y desde en-
 tonces se le reconoció justisimamente por único y le-
 gitimo Rey. Pues bien, señores: nuestro amado Fer-
 nando con un corazon lleno de los deseos mas ardien-
 tes de hacernos felices no podia conseguirlo. Acordé-
 monos que este era el comun modo de pensar. En
 vano apartaba de sí frecuentemente á aquellos que
 despues de haber merecido su confianza se llegaba á
 persuadir que abusaban de ella para hacer odioso su
 reinado. El inocente Monarca tal vez se engañaba te-
 niendo por enemigos á los que mas le amaban y dese-
 aban cooperar á la felicidad pública. Las dañadas
 raíces del mal estaban en otra parte. Unos consejeros
 pérfidos que mañosamente introducidos en palacio,
 continuamente le rodeaban, sin mas mérito que el de
 saber ser palaceiegos, sin otras miras que disponer
 despóticamente de los empleos y rentas, y que fia-
 ban su valimiento en tener á la nacion oprimida, no
 le dejaban, como á otro Roboan, aunque sin la com-
 plicidad de éste, oír los consejos de los prudentes y
 ancianos que le decian la verdad. ¿Debe pues llamar-
 se delito de lesa Magestad tratar de quitar al Monar-
 ca de este cautiverio vergonzoso, unirle y estrecharle
 mas con la nacion, darle la libertad y los medios de
 hacer todo el bien que deseaba, y quitarle todas las
 ocasiones de obrar el mal? Cuando un padre vive en-
 gañado porque unos hombres de intencion dañada
 procuran ponerle mal con sus hijos, ¿será delito en
 estos, será rebelion contra la autoridad paternal el
 que procuren apartarle de los que le obligan á abusar

de ella, y que vuelva á entregarse á todo el amor filial que están bien persuadidos existía en su corazón? Padre era Fernando, y padre tierno de sus hijos los españoles; pero era necesario hacerle que fuese un padre libre para que ejerciese con ellos toda su ternura. Esto era imposible hacerse sin una apariencia de levantamiento pacífico, y sin derramamiento de sangre, que solo se dirigiese á hacer oír al Monarca la voz de la nacion. Arco-Agüero, cuya pasión á la patria fue siempre igual en él á la de distinguirse en la carrera de las armas, era uno de los que meditaban, convinaban, este feliz suceso en que se verificasen los deseos de la nacion sin trastorno de ella, sin faltar al respeto que siempre conservó al Monarca que la mandaba. La empresa era árdua: el modo de manejarla necesitaba un grande talento. No se trataba de dar una batalla, sino de evitarla enteramente, de que no se derramase una gota de sangre. Logrose el proyecto: todo se hizo del modo mas pacífico, sin que obste á esto los tristes acontecimientos que Arco-Agüero y sus compañeros trataron de evitar cuanto pudieron. Fernando es verdad que duda en un principio, pero pronto se desengaña. Pronto distingue la voz amiga que venia para afianzarle en su trono, en la que aun querian hacerle creer que pretendian derribarle de él. La Constitución: este *palladium* de la felicidad nacional es proclamada. Fernando es el primero que jura su observancia, y manda que todo el reino sin excepcion de persona imite su ejemplo. Arco-Agüero, á quien sus enemigos pintaban como un rebelde, es ya el amigo del Monarca que le hace los mayores honores, es justamente tenido por el héroe de la patria, que sufrió persecuciones por hacerla feliz, que prestó su brazo para una empresa que la fue tan ventajosa, que se sacrificó por ella, que no ha tenido mas miras, que no se pro-

¡Puso otro objeto que hacerla, cuanto bien pudo, y que lo logró. ¡Qué desgracia, señores, el tener que dejar aquí su elogio! ¡Qué hombre hemos perdido! ¡Qué no hubiera hecho en defensa de una patria tan querida y de la libertad civil que él mismo la había dado! No quiera Dios, señores, que nos veamos en la precisión de defendernos. Mas si esto llegase á verificarse... perdonadme mi entusiasmo. Me parece que veo al frente de nuestros ejércitos al general Arco-Agüero mandando á los valientes españoles, dándoles victorias y arrollando á los invasores de nuestro suelo. ¡Ah! si el viviera, yo no dudaría concluir á su favor todas las palabras del anciano Matatías con respecto á su hijo que elegi para tema de este discurso. Os diria. Valientes militares que me escuchais, y estoy seguro que me oireis con el gusto con que fue oido aquel anciano: Arco-Agüero os ha dado pruebas en su juventud de un valor sin igual, de una constancia heroica, de un ánimo invencible: él debe ser vuestro general, él os conducirá siempre á la victoria, él hará la guerra á los enemigos de la nacion. *Maca-bæus fortis viribus à juventute sua, ipse sit vobis princeus miliciæ, ipse faciet bellum Populi.*

¡Mas ay! Señores, no puedo concluir asi todo su elogio. La muerte temprana de este héroe no nos ha dejado gozar sino las glorias de su malograda juventud: pero bien podré al menós servirme de sus egeмпlos para exortar á los jóvenes militares á que los sigan, y á los amantes de la patria á que tengan siempre á la vista su celo por hacerla feliz. Bien podré decir á los primeros: jóvenes que estais alistados para la defensa de la nacion, animaos del espíritu del general Arco-Agüero, y que vaya él delante de vosotros cuando se ofrezca caminar al campo del honor, ya que no podais tener la dicha de que sea él el que os man-

y de en persona. Bien podré decir á los otros, amad á la patria, amad el gobierno constitucional que la trae tantas ventajas, emplead vuestros talentos en mantener la paz interior, en contener los desórdenes, y en hacer que mande y se observe la ley, y en sostener la justicia. Arco-Agüero lo hizo así, y despues de haber derramado su sangre en defensa de la patria, se dedicó en hacerla feliz.

Si, jóven heroico á quien lloramos. La patria te tenía ya declarado de antemano por su hijo benemérito. La patria se gloriaba de poseerte; ella te queda agradecida y llora sobre tu sepulcro como una madre desconsolada que ha perdido el hijo mas querido. La patria no se olvidará jamas de tí; tu nombre resonará en ella con los elogios que siempre la has merecido. Esculpido estará en todos los corazones de los españoles, y pasará de padres á hijos con honor y alabanza. La patria, en fin, en testimonio del amor con que te miraba, quiere que se derramen sobre tus cenizas. Ella viene llena de luto en persona de los ilustres cuerpos que te ofrecen estas exequias á manifestarte su dolor por haberte perdido. Todos te lloramos: todos hemos venido á este santo templo á implorar al Dios de las misericordias para que las use contigo. Hagámoslo así señores. Lloremos enhorabuena como españoles la muerte prematura del general Arco-Agüero, como uno de los que mejor merecían este glorioso nombre. Pero como cristianos católicos, apostólicos, romanos, empleemonos mas en encomendar á Dios su alma. Unamos nuestras preces á las que han hecho los ministros del santuario, y digamos con nuestra madre la Iglesia: su alma esté en descanso. Amen.

LA CONSTITUCION,

Ó SEA SU APOLOGIA

EN RAZON DE DAR

A DIOS DO DUE ES DE DIOS.

AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR,

A LA NACION LO QUE PERTENECE A LA NACION.

SERMON,

QUE EN LA SOLEMNE ACCION DE GRACIAS

AL SEÑOR SACRAMENTADO,

EN SUITO RECONOCIMIENTO POR SUS SINGULARES BENEFICIOS
Y EN OCAION DE JURAR SOLEMNEMENTE LA CONSTITUCION
DE NUESTRO AYUNTAMIENTO, SE PREDICARÁ EL DIA
DEL NUESTRO DE LA VILLA DE BAYONA EN VIGILIA DE LA
FESTIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR QUE AÑO DE 1808

DIJO

EL R. P. FR. MELCHOR DE LORCA,

Examinador sinodal del arzobispado de Toledo, y
custodio del retentado sobre las leyes de Castilla,
Guardian de Capuchinos de esta villa.

VALLADOLID.

IMPRESA DE FERNANDO SANTARÉN.

1808

de en persona: Bien podré decir á los otros, amad á la patria; amad el gobierno constitucional que la trae tantas ventajas, emplead vuestros talentos en mantener la paz interior, en castigar á los delinquentes, en hacer que mande y se observe la ley, y en sostener la justicia. Arco-Aguero se hizo así, y después de haber derramado su sangre en defensa de la patria, se dedicó en favor de la feliz.

Si, joven heroico y piadoso hermano. La patria te llama ya declarado de intenciones porfirias y o bencinismo. La patria se gloria de haberse en tu gloria agradecida y fiert sobre tu sepulcro como una madre inconsolada que ha perdido el hijo más querido. La patria no se olvidará jamás de tí; tu nombre resonará en ella con los siglos que seguirán la que mande. El espíritu vivirá en todos los corazones de los españoles, y pasará de padres á hijos con honor y alabanza. La patria, en fin, en reconocimiento del amor que te miraba, quiere que se derramen sobre tu tumba. Ella derramó de esto en palabras de los héroes cuerpos que se ofrecen estas cosas a manifestar por haberse perdido. Todos te llaman: todos han deseado que este santo templo se supiera al Dios de las misericordias para que se vea contigo. Haganse al señor. Lleve de parte de los vientos y pines la muerte prematura del general Arco-Aguero, como uno de los que ha dejado un glorioso nombre. Pero como cristianos sencillos, sencillos, sencillos, empleemos más en agradecer á Dios su vida. Unamos nuestros votos á la que han hecho los milicos del santísimo, y de él con nuestra madre la tierra, su gloria sea el glorioso. Amen.